

Echar raíces en medio del conflicto armado:

Resistencias cotidianas de colonos en Putumayo

Echar raíces en medio del conflicto armado: Resistencias cotidianas de colonos en Putumayo

ANDRÉS CANCELANTE LÓPEZ



AlaOrilladelRío
Centro de pensamiento desde la Amazonía
colombiana

SESQUICENTENARIO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Facultad de Ciencias Humanas Centro de Estudios Sociales - CES
Biblioteca Pública Luis Carlos Galán Sarmiento
A la Orilla del Río

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Cancimance López, Jorge Andrés, 1986-

Echar raíces en medio del conflicto armado: resistencias cotidianas de colonos en Putumayo/
Andrés Cancimance López; prólogo, Myriam Jimeno. -- Primera edición. -- Bogotá: Universidad
Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales (CES);
Putumayo: Biblioteca Pública Luis Carlos Galán Sarmiento, 2017.

238 páginas: ilustraciones a color, fotografías, mapas. -- (Colección CES)

Incluye referencias bibliográficas e índice temático

ISBN 978-958-783-244-0 (rústica)

1. Conflicto Armado -- Putumayo -- Colombia 2. Etnología 3. Antropología cultural y social
4. Comunidades rurales 5. Colonos campesinos 6. Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) I.
Jimeno Santoyo, Myriam Esther, 1948-, autor del prólogo II. Título III. Serie

CDD-21 364.25609861 / 2017

Echar raíces en medio del conflicto armado: resistencias cotidianas de colonos en Putumayo

Colección CES

© Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES)

© Biblioteca Pública Luis Carlos Galán Sarmiento

© A la Orilla del Río

© Andrés Cancimance López

Primera edición, Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-783-244-0

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales (CES)

Biblioteca Pública Luis Carlos Galán Sarmiento

A la Orilla del Río

Preparación editorial

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales (CES)

cesed_bog@unal.edu.co

Carlo Tognato, director del CES

Laura Morales G., coordinadora editorial del CES

Íñigo Alcañiz, Putumayo 2009, foto de portada

Camilo Mendoza R., corrector de estilo

Julián Hernández - *Taller de Diseño*, diseño de colección y diagramación

DGP Editores, impresión

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos correspondientes.

Tabla de contenido

Prólogo	7
MYRIAM JIMENO	
Agradecimientos	13
Presentación	17
PEDRO G. ROJAS POSADA	
Introducción	19
Desde adentro: investigando mis raíces	19
«A pesar de la guerra y la muerte violenta seguimos con vida»	24
Las preguntas y el lugar de profundización etnográfica	28
Recursos culturales	31
Resistencias cotidianas	36
Vida cotidiana	37
La actitud de silencio como práctica de resistencia	39
Consideraciones metodológicas	44
Estructura del texto	48
Capítulo 1: Puntos de partida	49
“No se vayan para esa lejanía”: La llegada de mis padres a Putumayo	50
Desafiando al peligro	64
Los momentos del silencio: narrativas de los pobladores de El Tigre sobre sus prácticas de resistencia en medio del control paramilitar	71
Silencios de dolor	75
“Hicimos hablar al silencio”	81
“Que Dios nos perdone, pero ese día sentimos alivio”: Silencios organizados	83
Memorias, silencios y olvidos	85
Conclusiones del capítulo	90
Capítulo 2: Puerto Guzmán	93
Datos generales del municipio	94
“Tenemos el pueblo dentro de la finca”: Itarca y la formación de un pueblo	98
Puerto Machete	107

“Entre el silencio estratégico y el silencio cómplice”	114
De Puerto Machete a Puerto Metralla	122
Conclusiones	126
Capítulo 3: “Los muchachos del Frente 32”: Estrategias para vivir en medio de las Farc	129
“Venimos a meter orden a este pueblo”: la llegada de las Farc a Puerto Guzmán	133
“La ley eran ellos”: el control del pueblo por las Farc	139
“El Manual de convivencia para el buen funcionamiento de las comunidades”	142
“Pagábamos impuestos, nos vacunaban”	151
“Oiga lo que oiga, vea lo que vea, no hay que decir nada”	154
“Con el trabajo comunitario nos castigaban”	156
“Había gente malosa”	159
“Cuando los muchachos entraron de lleno en el negocio”	161
“Corrimos el riesgo de vivir acá”: prácticas de convivencia para habitar el lugar	163
“Ser un muy buen convivente”	165
“Nadie me decía feo, nadie me decía bonito”: la neutralidad	167
Conclusiones del capítulo	170
Capítulo 4: “A los paramilitares no les dimos cabida”	173
“El final de los diálogos de paz del 2002, fue el final de la poca tranquilidad que teníamos”	174
“Entre las balas de la guerrilla y de los paramilitares”	182
“Nos armamos”: la expulsión de los paramilitares	191
Conclusiones del capítulo	198
Conclusiones Generales	201
Echar Raíces	201
El sustento político de lo sutil	203
Prácticas de contra-hegemonía	206
Actitud de silencio	207
Comunidades emocionales	208
La huella de mi experiencia	212
La mirada regional	214
Referencias bibliográficas	219
El autor	235

Prólogo

Abundan los libros, artículos y comentarios sobre el conflicto colombiano de las últimas décadas. Algunos buscan explicarlo desde la historia o la política, otros se detienen en ciertos aspectos o en las consecuencias terribles y desoladoras. Abundan los encuentros, seminarios, conferencias, coloquios y variadas formas de discusión, y existen muy numerosas películas, videos, telenovelas, obras de teatro y de ficción. Las palabras se acompañan con frecuencia de cifras de la copiosa producción de las instituciones dedicadas al conflicto. Esta profusa cosecha comparte en su gran mayoría una misma narrativa que relata una larga historia de violencias e injusticias y se detiene casi con deleite en lo maléficos que podemos ser los colombianos. En cambio son escasas las menciones a la recuperación, la resistencia y los usos de los mecanismos culturales locales para enfrentar con éxito las situaciones críticas. Es cierto que en general es más llamativo el horror. Y su enorme atracción se incentiva por ciertas narrativas que circulan amplia y profusamente en nuestro medio. Según estas, los colombianos tenemos una entraña monstruosa y deficiencias morales de larga duración. Esta es la narrativa dominante en Colombia y con ella se pretende explicar una amplia variedad de formas de violencia, sea en la cotidianidad o en la esfera pública.

Es por eso que encontrar un texto que se aparta de esos lugares comunes y valora con alta sensibilidad los esfuerzos, grandes y pequeños, que hacen las personas del común para sobreponerse y aún para incidir gota a gota en los acontecimientos que les sobrevienen, es un gran sople

fresco. Andrés Cancimance valora el conocimiento local campesino para sobrevivir haciendo del silencio una estrategia de empoderamiento y resistencia. Esta es una novedad y un tributo a esas personas que se enfrentaron con diferentes agresores desde los recursos culturales de la cotidianidad. Los campesinos de Putumayo salieron adelante, alentados por su orgullo de colonos que ya antes habían enfrentado otros desafíos, tales como ir a buscar nuevas tierras y permanecer en ellas. Eso es lo que logra el texto de Andrés Cancimance. Reconocer las formas sutiles de resistencia y cómo hacen parte de un estilo de vida que valora *ser elegante y ser un buen conviviente*.

Cancimance nos hace un recorrido que comienza con su propio origen campesino y el empeño de sus padres por hacer vida en el Putumayo, en «esas lejanías», «en el monte». No solamente porque esto tiene gran significado personal, sino porque en la fuerza de quien se hace colono, quien debe desafiar lo nuevo, reside la posibilidad de enfrentar adversarios superiores en fuerza y recursos.

En los años ochenta llegaron a Putumayo las primeras fuerzas insurgentes de la guerrilla de las Farc y con ellas nuevas reglas para las relaciones locales, recogidas entre otros, en un *Manual de convivencia para el buen funcionamiento de las comunidades* que tuvo vigencia entre 1982 y 2002. Es claro que los recién llegados se suponían con el derecho de decidir cómo debían vivir los campesinos con su oscuro corolario: castigar a quienes se salieran de los preceptos. Como bien lo recoge Andrés, ellos se impusieron como un «orden» nuevo que duró por más de veinte años y que generó nuevas reglas, nuevos conflictos y nuevas violencias: castigar a los «sapos» o a quienes se supone que lo sean, a quienes cometieran robos y desmanes, se negaran a pagarles tributos o a dejar marchar a un hijo para la «guerra». Todos debían quedar inscritos en el libro de socios de las juntas de acción comunal y en cuanto a las personas que no lo hicieran «la comunidad no se hará responsable de ellas» (Cancimance: 147). La reglamentación era detallada, valga un solo ejemplo: «para el uso de celulares, por medidas de seguridad, solo se permitirá tener máximo dos por familia, pero estos deberán ser sin cámaras fotográficas. Le informarán a los directivos de la Junta [comunal] para su debido control» (Cancimance: 144).

Pero la presencia de la guerrilla no fue el único cambio en la región. La paulatina pero incansable expansión de los cultivos de coca y el comercio

a su alrededor crearon nuevos desafíos, pues en palabras de uno de los colonos con quienes conversó Andrés, «el negocio era rentable, pero uno se exponía también a muchos peligros [...] peligros como que le robaran a uno la plata, que lo mataran por robarle» (citado en página 116). En los primeros años «la venta de la merca [coca]» la hicieron comerciantes de los pueblos del bajo Putumayo, como Puerto Asís.

Pero con el nuevo auge, desde mediados de los años noventa, la dinámica cocalera cambió y también llegaron nuevas fuerzas que no ocultaron su relación con las armas: «Con la llegada de la coca, se pasó de Puerto Machete (campesinos que se peleaban los domingos) a Puerto Metralla. Los conflictos se empezaron a resolver con las armas y empezamos a vivir una cultura narco [...] Y la coca no solo hizo fuerte a la guerrilla, sino también trajo a los narcotraficantes y a los paramilitares. Yo por eso digo que a partir de esa época vivimos con el conflicto armado» (citado en página 122). Vivir en el conflicto; ¿cómo se hace posible vivir con él, cómo se habita un lugar violento? Estas fueron las preguntas que se hizo Andrés y que le respondieron numerosos lugareños, trabajadores, dueños de finca, pioneros de la colonización y la fundación de pueblos como Puerto Guzmán, mujeres amas de casa, comerciantes, agricultoras y jóvenes de las escuelas. Las reflexiones que hicieron estas personas ante las preguntas de Andrés se articulan en una narrativa rica en mostrar la conciencia elaborada de los sucesos, las acciones deliberadas emprendidas en grupo contra los paramilitares en Puerto Guzmán y también las sutiles individuales, como aprender a guardar silencio y tener el valor de tomar el riesgo de quedarse. Es decir, nada del panorama de solo desconcierto y terror que nos suelen dibujar por doquier. Por supuesto las personas relatan con detenimiento y emoción sus dolores, miedos, fracasos y pérdidas, que fueron muchas a causa de vivir el conflicto armado en Putumayo por tanto tiempo. Pero el texto recoge los relatos que nos enseñan que el caos no se apodera de las vidas de los colonos y comerciantes locales, sino que la gran mayoría lucha de forma permanente, durante más de veinte años, por retomar el control, y para ello acuden a estrategias culturales variadas que se ponen en máxima tensión y prueba. Estrategias que tienen límites, por supuesto, como en el relato de un joven de una familia pobre que se enfrenta a otro que hacía parte de un grupo con armas y es asesinado en público de forma humillante, sin que nadie pudiera intervenir.

Aún así, lo interesante, lo que hay que poner de relieve, es que el dolor y el miedo son solamente algunas de las aristas del conjunto de sentimientos y experiencias. Quienes asumieron con éxito el riesgo de quedarse echaron mano de principios morales y estéticos que han estado de tiempo atrás incorporados como referentes de la conducta personal, y son, en buena medida, deliberados y fuente de orgullo. Hacen parte de la identidad: ellos los denominan como *la valentía*, el *ser neutrales*, recurrir al *silencio* y *ser buenos convivientes*. Cada uno de estos es en realidad un repertorio amplio que orienta los pasos del sujeto para vivir en medio del conflicto y que requiere un gran esfuerzo cotidiano de reflexión, cuidados, autocontrol, ingenio y hasta picardía. No son meros sobrevivientes por azar o seres sin conciencia al vaivén de los acontecimientos. Andrés Cancimance destaca que en circunstancias extremas se echa mano de una estructura que le permite a los sujetos permanecer en su tierra, y no solamente soportar el dominio, sino también ejercer la resistencia. Él habla del sustento político de lo sutil. Echa mano de las teorías de James Scott¹ sobre la infra-política de los desvalidos que se basa en resistencias cotidianas. Esa es la gran enseñanza de los colonos y campesinos del Putumayo que con tanto afecto nos trasmite uno de sus hijos.

MYRIAM JIMENO
Universidad Nacional de Colombia

1 Scott, James. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era, 2000.

*A mis padres, Florencio Cancimance y Amparo López,
por heredarme sus raíces colono-campesinas.*

*A los pueblos y personas de Putumayo que me las recuerdan
y me conectan con ellas.*

*A la familia Guzmán Rocha y a las familias de colonos
que fundaron Puerto Guzmán.*

Agradecimientos

Este trabajo es el resultado de esfuerzos y apoyos múltiples. Agradezco toda la generosidad que recibí de los hermanos *Jorge Luis* y *Elizabeth Guzmán Rocha* durante mi labor de trabajo de campo en el Municipio de Puerto Guzmán, Putumayo y durante la escritura de lo que en su momento fue mi tesis doctoral en Antropología. Ellos me abrieron no solo las puertas de su casa sino la de sus vidas; me proporcionaron contactos clave en el municipio; compartieron conmigo sus archivos familiares; hicieron mapas para mí; leyeron, comentaron y retroalimentaron los capítulos que estructuran este documento. Fui privilegiado al contar con el respaldo de esta familia fundadora de un municipio y un gran afortunado por haber conocido a don *Jorge Julio Guzmán*, fundador de Puerto Guzmán. No hubiese podido acceder a tantos testimonios sobre la historia del pueblo, si ellos no hubiesen estado “involucrados” y comprometidos con este ejercicio investigativo. Por supuesto, agradezco a cada persona con la que hablé en Puerto Guzmán, El Puente Internacional y La Hormiga: *Ferrín, Enrique, Rodrigo, Esteban, Ángel María, Edison, Giovanni, José, Jesús, César, Lucrecia, Flor, Anita, Edilma, Laura Toro, Javier Palacios, Estela Nupán, Martha López, Milena Arciniegas* y otros tantos que seguro en estos momentos no los tengo presente. Todos ellos compartieron conmigo sus testimonios de vida en estos lugares.

Este libro también fue posible gracias al acompañamiento permanente de *Myriam Jimeno Santoyo*, profesora Titular jubilada del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, quien se desempeñó durante los años 2011-2014 como directora de mi tesis doctoral. Gracias por su escucha activa y por la forma en que comprendió mi

interés investigativo, sin imponer su mirada experta en la temática que le exponía durante cada encuentro y seminario de investigación o de tesis que teníamos. La profesora Myriam no sólo es una antropóloga que valora el trabajo de campo y la etnografía, sino que a partir de su vasta experiencia como etnógrafa, escucha, orienta, pregunta, facilita, sugiere, apoya y acompaña a sus estudiantes en cada momento del proceso investigativo. Fue clave y enriquecedor contar con una maestra tan generosa y que hace de su oficio una práctica permanente de aprendizaje.

Institucionalmente doy gracias a la *Universidad Nacional de Colombia*, sede Bogotá, y al *Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH*. La primera, a través del Acuerdo 025 del 2008 emitido por el Consejo Superior Universitario, me otorgó una beca de posgrado que cubrió los gastos de mi matrícula durante los 4 años de formación doctoral (2011-2014). Por su parte, en el año 2012, el ICANH me otorgó el Premio Pioneros de la Antropología Colombiana en homenaje a Milciades Chaves Chamorro y Miguel Fornaguera Pineda a partir del cual realicé la primera fase de trabajo de campo para esta tesis doctoral (junio-diciembre de 2012). Estos dos apoyos fueron muy importantes para lograr este resultado de investigación. También agradezco al *Grupo Conflicto Social y Violencia*, adscrito al Centro de Estudios Sociales –CES de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia y dirigido por la profesora Jimeno y el profesor Andrés Salcedo. Este espacio me permitió compartir con diversos colegas antropólogos y no antropólogos con quienes discutí algunos capítulos en borrador y recomendó, ante el Comité Editorial del CES, que mi tesis doctoral fuese considerada para publicarse como libro. Gracias también a la Biblioteca *Pública Luis Carlos Galán* del Municipio Valle del Guamuéz, Putumayo, a cada uno de los integrantes del *Grupo Amigos* de esta biblioteca, al *Centro de Pensamiento desde la Amazonía colombiana A la Orilla del Río* y al equipo del CES por hacer posible la publicación de esta investigación doctoral como libro. Mi agradecimiento también se extiende a los profesores José Antonio Figueroa y Aldo Cívico por sus aportes como lectores de lo que inicialmente fue un proyecto editorial.

Cristian Arcos me ayudó con todas las transcripciones de las entrevistas que realicé en Puerto Guzmán durante el año 2013. A él le doy las gracias por aceptar una labor dispendiosa en una investigación. Mis compañeras de doctorado, *Clara Carreño*, *María Teresa García* y *Angélica*

Franco, me mostraron que la investigación y la producción escrita de lo que uno encuentra en campo, no tienen que ser necesariamente una labor solitaria y competitiva, sino todo lo contrario, un momento de la vida para compartir y aprender colectivamente. *Elvia Mejía*, me ofreció la comodidad de su casa para escribir en algunas ocasiones. Gracias por ese gesto tan bonito. Estar bajo su hermosa presencia me ayudó mucho para avanzar en la escritura. *Pedro G. Rojas Posada* fue el responsable de que el discurso sobre el autocuidado emocional se hiciera real en mi vida cotidiana. Él creó espacios para que yo pudiera trabajar corporalmente sobre mi energía y mis emociones (muy diversas y cambiantes por cierto) y me insistió en ver la tesis doctoral como algo más allá de un requisito académico: “estarás viajando a las raíces más profundas de tu vida emocional para encontrar allí luces que te guíen hacia un proceso de expansión de tus límites personales”. Esas fueron algunas de sus palabras. Su apoyo y compañía permanente durante el tiempo que duré escribiendo fueron valiosos y difícilmente puedo encontrar las palabras precisas para agradecerle tanta generosidad y amor. *Jorge Enrique Acevedo* también hace parte de ese grupo de personas solidarias y sensibles que me han acompañado durante mi carrera profesional. Desde el año en el que lo conocí (2009), él ha estado incentivando y promoviendo mi pasión por la academia y la escritura. Sus preguntas, sugerencias y comentarios durante todo el tiempo que duró esta investigación, le proporcionaron a este escrito solidez, coherencia y claridad. A él mi profundo agradecimiento y admiración por la forma en que hace de cada momento una maravillosa oportunidad de vivir.

Presentación

Esta investigación ha sido construida a partir de una pregunta cuya resolución trasciende el propósito de completar un requisito académico para hacer realidad un viejo anhelo profesional. Detrás de las muchas tareas que, como parte de su trabajo de grado en el doctorado de Antropología de la Universidad Nacional Colombia, Andrés llevó a cabo por varios años para averiguar por qué y cómo la gente se queda en Putumayo en lugar de huir de allí por la violencia, estuvo también latente la intención de resolver una vieja y profunda inquietud personal.

La historia de Andrés con esta investigación no es solamente la de un aspirante a Doctor en Antropología que se interesó, como académico y científico social, en las estrategias de un grupo de colonos campesinos para sobrevivir y florecer en una tierra asediada durante muchos años por el conflicto armado colombiano. Es también la de un hijo de esa tierra a quien su rol de investigador le permitió acercarse a ella en tiempos recientes con una mirada distinta a la que lo obligó a dejarla hace unos diez años. Para Andrés, la guerra en medio de la cual echaron raíces tanto sus padres como los protagonistas de su investigación, es la misma que lo condujo, al terminar su educación secundaria, a buscar su lugar en otras partes.

Una infancia y una adolescencia rodeadas por las calamidades generadas por distintos y feroces actores armados fueron razones suficientes para que él decidiera, cuando tenía 17 años, que Putumayo no sería el lugar donde se desarrollarían sus planes de vida como adulto. Así comenzó un largo y complejo proceso de desarraigo y nuevo arraigo alejado de su familia y orígenes, más orientado hacia la búsqueda de sentido que hacia la de una tierra próspera como la que buscaban sus padres cuando llegaron al pueblo en donde Andrés nació y creció. Ese proceso, que arrancó con el Trabajo Social, siguió con la Ciencia Política y hoy está

consagrándose con la Antropología, le permitió poco a poco armarse de un bagaje interior y otro exterior adecuados para resolver la división interna que surgió de su temprana decisión de huir de la violencia, mientras sus padres y coterráneos se quedaron a vivir con ella.

Esta investigación constituye, por tanto, un aporte al conocimiento de los modos como muchos colombianos, inmersos cotidianamente en una guerra que no acaba de terminar y que los amenaza a toda hora, logran hacerse a un destino digno. Y, a la vez, un punto de reconciliación entre Andrés y su pasado, un modo para él de comprender, con el intelecto y con el corazón, los misterios dolorosos que azotaron su niñez y su primera juventud.

Quienes, como yo, no sólo conocemos, queremos y admiramos al Andrés académico e investigador, sino al ser humano complejo, auténtico y comprometido con su vida, sabemos que su libro le está haciendo el favor de traer paz y sentido a una larga, silenciosa y difícil travesía interior. Observar, conocer y acompañar emocionalmente a Andrés en un trecho sustancial de su trabajo investigativo, ha sido muy inspirador para dar luces a mis propias preguntas sobre la violencia y el dolor en los seres humanos, y sobre las posibles maneras de abordarlos. Es por eso que acepté su invitación a escribir esta presentación, pese a no ser yo, de lejos, un académico con las dotes necesarias para juzgar con maestría una labor como la aquí descrita por él, sino un simple testigo y compañero de la intimidad personal del ejecutor de dicha labor.

Ojalá los legos como yo, y los no legos como sus maestros y condiscípulos de academia, encuentren en la lectura de este libro esa sustancia con la que, creo, puede nutrirse el conocimiento sobre el alma colombiana herida, y sobre la admirable manera como muchos compatriotas invisibles han aprendido a hacer de ella algo que vale mucho la pena descubrir y contar.

PEDRO G. ROJAS POSADA
Terapeuta corporal bionérgico